

El Docu-drama

Una fotografía ha empezado a dar la vuelta al mundo y ha sido publicada por diarios y revistas de todas las latitudes. Es la de una mujer en un balcón. La fotografía forma parte de la promoción de la ópera rock "Evita", de los mismos autores de "Jesucristo Superstar" y su estreno se anuncia para la próxima temporada en Londres. La foto de la actriz, en nada nos recuerda los rasgos de la desaparecida Evita Perón. Sin embargo, en un tiempo más, cuando la obra musical se convierta en el éxito que todos predicen y se haga una película de ella que será tan sensacional como la que se hizo de "Jesucristo Superstar", esos rasgos de la cara de la actriz se irán superponiendo al recuerdo del rostro de Evita, hasta que se produzca la identificación. La actriz será Evita Perón, no sólo para quienes no tienen edad para recordar a la líder de los justicialistas argentinos, sino también para los que, como nosotros, vivimos un periodo en que su imagen la encontrábamos profusamente distribuida en los medios de comunicación de la época.

El fenómeno no deja de ser perturbador y llama a la reflexión. Por un largo tiempo se podía establecer una clara diferenciación de las películas: aquellas que eran ficción y las que eran documentales. Unas trataban de seres creados por la imaginación de los autores y las otras eran un testimonio directo de la realidad. Si, en algunos casos, los seres de ficción desarrollaban sus conflictos dramáticos dentro de una época histórica determinada —la última guerra, la ocupación de Francia o la era de la depresión en los Estados Unidos— ello implicaba, tan sólo, un telón de fondo que reforzaba el carácter ficticio de los personajes. En el nuevo género —que algunos principian a llamar el "docu-drama"— la ficción se superpone a la realidad, la maquilla, la desfigura y la oculta lanzando al mundo personajes ambiguos. Porque el personaje creado por los autores ingleses no está fundamentado en una seria investigación sobre la vida de Eva Perón, sino en uno u otro rasgo de ella y de las circunstancias que le tocó vivir. El ser de carne y hueso que fue Eva Perón, tenderá a quedar fijado en el recuerdo por ese otro ser ficticio que, con el mismo nombre, poblará las pantallas del cine del mundo. ¿Y quién podrá discutirle a un desprevenido y joven espectador que Eva Perón jamás cantó ante la muchedumbre "I crie for you Argentina"?

Otro caso en el que el "docu-drama" ha sido puesto en tela de juicio, es la reciente exhibición en la televisión norteamericana de la serie de seis episodios "Holocausto", que muestra el exterminio de judíos en la Alemania nazi. Siguiendo la forma de "Raíces", en que la ficción estuvo avalada por una seria investigación "Holocausto", se presenta como un documento realista sobre las penurias del pueblo judío en esa época. El tema, por cierto, no es nuevo. Decenas de documentales han revelado a los atónitos ojos de los espectadores todo el horror de los campos de concentración y no pocas



obras de ficción se han escrito y producido con ese tema. Pero al mezclar lo que es documento y lo que es ficción, la serie ha provocado reacciones airadas en prominentes miembros de la comunidad judía norteamericana. Se la acusa de trivializar el sufrimiento, de faltar el respeto al dolor de un pueblo, de buscar la emoción fácil del telespectador por lo que debiera concitar una profunda repulsión. Sobrevivientes de los campos de concentración se han sentido "usados" comercialmente y creen entender que la pavorosa experiencia que los marcó para toda la vida está siendo empleada para entretener, conmoviendo a los telespectadores, de la misma forma como se hace con una telenovela cualquiera.

¿Dónde está el límite? ¿Cuál es el uso que el medio dramático debe o puede hacer de personajes y acontecimientos históricos? ¿Qué ética regula el uso de vidas particulares en la ficción dramática?

No hay respuestas ciertas a estos interrogantes, porque si bien cine y televisión pueden tener las características de arte, fundamentalmente son industrias destinadas a satisfacer la necesidad de entretenimiento de la gente. Además el "docu-drama" ha probado ser un buen negocio. Y los principios éticos no figuran en los presupuestos de producción de películas.